

Cambio de objetivos y estrategias:

variedad de actividades políticas de las mujeres*

Joan Tronto

Cott, Nancy; **The Grounding of Modern Feminism**, New Haven, Yale University Press, 1987.

Harrison, Cynthia; **On Account of Sex: The Politics of Women's Issues, 1945-1968**, Berkeley, University of California Press, 1988.

Rupp, Leila J. y Verta Taylor; **Survival in the Doldrums: The American Women's Rights Movement, 1945 to 1960s** Nueva York; Oxford University Press, 1987.

Klein, Ethel; **Gender Politics: From Consciousness to Mass Politics**, Cambridge, Harvard University Press, 1984.

Bookman, Ann y Sandra Morgen; **Women and the Politics of Empowerment**, Philadelphia, Temple University Press, 1988.

Mansbridge, Jane J.; **Why We Lost the ERA**, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

El asunto del éxito es clave para cualquier movimiento en favor del cambio social; siendo realistas, aparte de la revolución, ¿qué podemos esperar que logre un movimiento progresista? ¿cuándo concluye? En el presente existe la idea de que el movimiento de las mujeres se ha frenado.¹ Como resultado, algunas de las nuevas investigaciones acerca de las mujeres y la política parecen buscar una evaluación acerca de si ha ocurrido esta pérdida de impulso, cómo y por qué. Podríamos plantear las preguntas: ¿Hasta qué punto la fortuna política del movimiento feminista se encuentra bajo el control de las mujeres políticamente activas? A la luz de las condiciones actuales, ¿qué deberíamos hacer?

* Tomado de *Feminist Studies* 17, núm. 1, primavera de 1991. Tr. María de Lourdes Fournier G.

¹ V. entre otras obras, Betty Friedan "How to Get the Women's Movement Moving Again", *New York Times Magazine*, 3, noviembre de 1985, pp. 26-28.

Para pensar en la estrategia política es necesario que nos aboquemos al conflicto.² Resulta útil recordar este punto porque el conflicto siempre involucra múltiples partidos que intentan cambiar situaciones y resultados en su favor; ningún lado puede ser responsable por completo o estar libre de culpa por el éxito o fracaso. Los seis excelentes libros reseñados aquí consideran una amplia gama de experiencias y estrategias políticas de mujeres desde la década de 1910 hasta la de 1980. Describen las actividades políticas de las mujeres, evalúan sus logros y ofrecen algunas explicaciones sobre los resultados. Yo argumentaré que aunque cada uno de esos libros arroja cierta luz sobre el éxito de la mujer en la política de los Estados Unidos, es necesario reconocer ciertos sesgos generales en su vida política que inevitablemente harán que resulte difícil lograr las metas del movimiento feminista. Los más destacados son, primero, que su sistema político responde con más facilidad a temas presentados por los individuos de la clase media o media alta; en segundo lugar, que los estadounidenses ven el mundo a través de cristales individualistas por lo que cualquier análisis que surja de un marco distinto se encontrará con dificultades especiales. Así, la estrategia más fácil quizá no sea la que se persiga de manera más insistente.

The Crowding of Modern Feminism de Nancy Cott es una historia del movimiento de las mujeres en las décadas de 1910 y 1920, cuando el término "feminismo" ganó por primera vez amplia validez en los Estados Unidos. Cott considera que este tipo de "conciencia" se origina cuando se cruza con el movimiento sufragista y a medida que las feministas se involucran en cierto número de preocupaciones políticas y culturales en esos años, incluyendo la ruptura con la Equal Rights Amendment (Enmienda por la Igualdad de Derechos); el papel de la sexualidad en la familia; la representación de la mujer en los medios; las mujeres como trabajadoras, ciudadanas con educación universitaria, profesionistas, activistas en clubes y otras organizaciones, como esposas y madres. La gama de temas es amplia y el alcance histórico de este libro, impresionante. Cott describe su obra como "un estudio de la conciencia—el deseo o poca disposición de las mujeres para decir *nosotras*—, un estudio de las intenciones feministas y de la forma en que se materializan o no" (p. 9).

² E.E. Schattschneider presentó una forma sencilla de comprender el conflicto político en Estados Unidos, sugiriendo que consideremos la política como una lucha. La naturaleza y resultado de ella están determinados por la naturaleza de los participantes y no sólo por la amplitud con la que se difunde la lucha. Una pelea a puñetazos entre dos personas cambia cuando otros se involucran en la disputa. Schattschneider denomina a este factor el "alcance del conflicto".

De esta forma, en la política estadounidense, los resultados con frecuencia se ven determinados por quien participa en la batalla. Persuadir a elementos externos para que se unan o permanezcan aparte requiere que los actores políticos utilicen para su provecho "la movilización del sesgo", que puede crearse con respecto a ciertos temas. V. su libro *the Semisovereign People: A Realist's View of Democracy in America*, Holt, New York, Rinehart & Winston, 1960.

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

Por "feminista" Cott se refiere a tres ideas: 1) una creencia en la igualdad de las mujeres, esto es, no debería existir jerarquía de sexo; 2) la condición social de la mujer se construye social mente, y 3) las mujeres tienen una identidad común como mujeres (pp. 4-5). Cott realiza una crónica del rápido crecimiento del feminismo en la década de 1910 relacionado en parte, de manera simultánea con el crecimiento y éxito final del movimiento por el sufragio y su disipación en la década de los 20. Aunque una de las razones de esta disminución fue el incremento en la actitud conservadora de la época y la incitación roja de las feministas, Cott también resalta que aquello que se ve como contradicción de las metas del feminismo es una causa de su declinación. Anota que no es lógicamente posible obtener oportunidades iguales para las mujeres, lograr que tengan éxito como iguales del hombre y, de alguna forma, conservar un fuerte sentido de identidad grupal. Una vez que las mujeres han ganado el reconocimiento que necesitan ya no requieren identificarse entre sí. La solidaridad sólo puede permanecer durante un breve periodo. Después separa demasiado a hombres y mujeres. Entre las profesionistas este dilema fue obvio y pronunciado: aunque se daban cuenta de que se les discriminaba como mujeres estaban mal dispuestas a identificarse como feministas (p. 231) y pronosticaban con optimismo que pronto desaparecería la discriminación (p. 226). Para la década de 1940, "existía el legado feminista y la paradoja feminista: cómo ser seres humanos y también mujeres" (p. 278).

Cott se planteó la tarea un poco difícil de hacer un seguimiento del "feminismo"; un movimiento impulsado por una forma común de conciencia es, desde luego, algo más difícil de concretar que aquel que tiene una meta política más tangible. La autora realiza una excelente tarea al identificar una gama de actrices, escritoras y otras personalidades relevantes para clasificar el significado y ubicación del feminismo como una forma de conciencia durante este periodo. Dedicó cuidadosa atención a describir sus actividades e incluye evidencia acerca de las mujeres negras y las de clase trabajadora, siempre que le es posible. El movimiento sufragista se apoyó en mujeres de distintas razas y clases. Sin embargo, el feminismo fue mucho más limitado y, principalmente urbano, blanco y de clases alta y media.

¿Es este sesgo inherente a la naturaleza del feminismo o, según lo implica Cott, se trata de un problema para determinar las fuentes que serían el origen de un cambio de "conciencia" entre otros grupos de la población? Aunque las feministas en las décadas de 1910 y 1920 ya no creían en una sola "Mujer" que estaría involucrada en lo que durante el siglo XIX se conoció como el "Movimiento de mujeres", ¿hasta dónde podemos hacer llegar la diversidad del movimiento feminista inicial? En realidad, ¿podría ser que el concepto mismo de feminismo, definido como "conciencia", fuera una construcción de la clase media? La obra de Nancy Cott hace surgir muchas nuevas preguntas al respecto. ¿Quiénes buscaban una identidad de grupo? Es seguro que las mujeres de clase trabajadora, las minorías étnicas y afroamericanas a principios del siglo XX tuvieron cierto sentido de quiénes eran, no necesariamente como mujeres

sino como miembros de grupos marginales en la sociedad estadounidense. La representación de Cott de un sector en busca de una forma de identidad grupal, pero que después con rapidez supera este sentido de solidaridad conforme sus integrantes pugnan por reestablecerse a sí mismos como *individuos*, sólo sería importante para aquellos grupos para los cuales el individualismo era tanto deseable como posible.

Es así como puede verse la división con respecto a la Enmienda por la Igualdad de Derechos de los años 20. A partir del texto de Cott y de otros,³ puede verse que en esa época el debate no fue simplemente con respecto a cuáles eran los mejores medios para lograr el objetivo de mejorar a las mujeres, sino el de dos grupos en un diálogo desordos.⁴ Si las diferencias de clase se encuentran profundamente incrustadas en las "formas de vida" (Norbert Elias y Thomas Haskell) que la gente lleva⁵ entonces puede suceder que la versión de Cott del dilema feminista, la búsqueda de autonomía a partir de la identidad grupal, sea propia de la versión de clase media del feminismo.

Bell Hooks presenta la objeción de que el feminismo moderno se ha unido mucho más por cuestiones de estilo de vida que por un compromiso doctrinario para acabar con la opresión sexista.⁶ Lo que sugiere Hooks es que el feminismo no puede volverse más receptivo a menos que evite su "estilo de vida", vuelve a enunciar y situar el dilema que observa Nancy Cott. ¿Se trata de una meta individualista la que genera los tipos de dilema que ella menciona y las formas de crecimiento y decrecimiento que describiría como arte de la lógica de la naturaleza del feminismo? En ese caso, ¿qué tipo de impulso sería lo suficientemente importante para escapar de la fuerza gravitacional del individualismo?

Estas son preguntas amplias y ambiciosas, y al principio parecerían por completo filosóficas y sin implicaciones políticas. Pero si de manera inevitable el feminismo se vuelve la lucha por la autonomía individual, entonces sus términos políticos

³ Entre otros textos, v. J. Stanley Lemons. *The Woman Citizen: Social Feminism in the 1920s* University of Illinois Press, Urbana, 1973; William H. Gafe, *The American Woman: her Changing Social, Economic and Political Roles, 1920-1970*, Nueva York, Oxford University Press, 1972.

⁴ Aquí mi punto de vista puede parecer semejante al de Joan Hoff Wilson: "Hasta que las mujeres empiecen a hablarse unas a las otras en un lenguaje común, su impacto en la política interna y externa de los Estados Unidos de Norteamérica seguirá siendo marginal". V. la introducción *Rights of Passage: The past and Future of the ERA*, Joan Hoff Wilson (ed.), Bloomington, University of Indiana Press, 1986, 7. Sin embargo, yo agregaría que mientras el lenguaje se base en la experiencia vivida las diferencias de clases harán que ese deseo de un lenguaje común, en el mejor de los casos, sea inalcanzable y en el peor, muy divisorio.

⁵ Acerca del concepto de "formas de vida" consúltese Elias, Norbert *The Civilizing Process: The History of Manners*, trans. de Edmund Jephcott, Nueva York, Pantheon, 1978; y Haskell, Thomas L. "Capitalism and the Origins of the Humanitarian Sensibility, pt. 2", *American Historical Review* 90, junio de 1985, pp. 547-66.

⁶ Hooks, Bell, *Feminist Theory: From Margin to Center*, Boston, South End Press, 1984.

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

cambian. Cuando el éxito se mide por los logros individuales, el conflicto político se ha privatizado en vez de socializarse. Entonces, a final de cuentas el libro de Cott puede ser tanto una historia exquisitamente buena como engañosa si se lee como una estrategia política. Su premisa básica, en lo que se refiere a las contradicciones inherentes al feminismo mismo bien pueden explicar su declive en los años 20 y a finales de las décadas de 1970 -1980. Pero si aceptamos sin cuestionar la afirmación de que esta contradicción es inherente al feminismo, quizá se deba a que no hemos pensado lo suficiente sobre cómo podríamos concebirlo.

On Account of Sex: The Politics of Women's Issues, 1945-1968 de Cynthia Harrison, y *Survival in the Doldrums: The American Women's Rights Movement, 1945 to the 1960s*, de Leila J. Rupp y Verta Taylor se refieren a la era después de la Segunda Guerra Mundial (1945-65), periodo dentro del cual, supuestamente, no hubo movimiento de las mujeres. Sin embargo, según lo demuestran estos dos libros, los derechos de la mujer tuvieron un avance sustancial como política federal y siguieron siendo el foco de un pequeño pero dinámico grupo de activistas políticas que ayudaron a dar forma a la "segunda ola".

Harrison emplea las herramientas tradicionales de los historiadores de la "alta política" (esto es, las élites de los cabilderos de Washington, los burócratas de alto nivel, el Congreso, la presidencia) para hacer un recuento de la política de la mujer durante un periodo en donde el tema parece no ser prominente en la agenda nacional. Describe la política de la Enmienda por la Igualdad de Derechos durante ese tiempo, la tarea de intentar lograr nombramientos para mujeres por parte del presidente y la aprobación de una legislación federal favorable a ellas como el Equal Pay Act (Acta de Igualdad de pago) y la adición al Civil Rights Act (Acta de Derechos Civiles) de 1964, que prohibió la discriminación "por razones de sexo" (de ahí el título del libro). Tan importante como la "nueva historia" para ampliar nuestro conocimiento sobre las mujeres, el texto de Harrison es una prueba de que las nuevas técnicas de la investigación histórica deben complementar, no suplantarse, las formas más antiguas de investigación y escritura en ese campo.

De manera indirecta, el libro de Harrison toca un tema político sin éxito de este periodo: la Equal Rights Amendment: ERA (Enmienda por la Igualdad de Derechos). Harrison empieza describiendo las pautas marcadas antes de la década de 1940 entre aquellas mujeres que estaban pugnando por la aprobación de la ERA y quienes se pronunciaban en favor de la continuación de formas de legislación protectora para las mujeres, grupo al que Harrison denomina en forma colectiva "Womens Bureau Coalition" a partir de su más importante bastión institucional. La ERA fue lo que impulsó mucha de la acción en favor de la mujer durante este periodo. Como respuesta a un interés renovado en la ERA, iniciando con su adopción por el Partido Republicano en su plataforma de 1940 y conducida por el importante pronunciamiento a su fa-

vor de parte del National Woman's Party (NWP), los demócratas (en la rama ejecutiva hasta 1953 y después de 1961 y en el Congreso a lo largo de estos años) intentaron pensar en otras concesiones políticas para las mujeres que monopolizaban la ERA. Harrison narra con meticulosidad los nombramientos presidenciales durante este periodo. Reconstruye las aprobaciones del Acta por la Igualdad de Pago de 1963 y la adición de "sexo" al Acta de Derechos Civiles de 1964. No se trató, como con frecuencia se narra, simplemente de una broma de último minuto sino de una visión *dixiécrata* de los derechos civiles de que las mujeres blancas merecían tanto como los hombres negros. Narra también la política de la Comisión on the Status of Women del presidente Kennedy. Sin embargo, toda esta actividad no pudo evitar detener el surgimiento de un movimiento de amplia base en favor de los derechos de la mujer a mediados de la década de 1960.

Uno de los aspectos más sorprendentes del libro de Harrison es ver cuánta influencia indirecta tuvo el NWP. Al no comprometerse con lo que para todos los demás era una posición extrema, el NWP pudo cambiar los términos del debate acerca de qué concesiones políticas podían otorgarse a la mujer. Al ser una de las pocas voces activas sobre el tema hizo que la posición extrema opuesta, no hacer cosa alguna, fuera políticamente aceptable ya que, utilizando el término de E.E. Schattschneider, el alcance del conflicto fue estrecho y aquellos preocupados por los temas de la mujer eran tan pocos que la voz del pequeño NWP se escuchó con claridad y requirió alguna respuesta. En cierto sentido el libro de Cynthia Harrison es un estudio clásico del papel de los pequeños pero persistentes grupos de interés en la política estadounidense.

La obra de Harrison no quiere ser, ni es, un recuento de todos los antecedentes de la actividad política feminista. Por ejemplo, no aborda los orígenes de la rama más radical del feminismo de la segunda ola en el movimiento por los derechos civiles.⁷ Pero esta parte de la historia ya estaba relatada. Harrison observa que la elección de Kennedy en 1960 señaló una apertura a nuevas ideas políticas y las pequeñas medidas en favor de la mujer marcaron un cambio en la forma como mujeres y hombres en el gobierno veían esta cuestión. Es difícil para los historiadores científicos políticos detectar modificaciones amplias en las actitudes públicas, pero aparentemente esta apertura ha sido útil a las actividades emergentes de las mujeres.

Leila Rupp y Verta Taylor consideran el mismo marco temporal desde otra perspectiva. Sostienen que aun cuando éste fue un periodo de "mar en calma" para el movimiento de las mujeres, existió sin embargo un movimiento social en favor de sus

V. Evans, Sara, *Personal Politics: The Roots of Women's Liberation in the Civil Rights Movement and the New Left*, Nueva Yor, Vintage Books, 1979; Giddings, Paula, *When and Where I Enter: The Impact of Black Women on race, and Sex in America*, Nueva Yor, William Morrow, 1984; Cluster, Dick, (ed.), *They Should Have Served that Cup of Coffee*, Boston, South End Press, 1979.

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

derechos. Se trató de un "movimiento sostenido por la élite", según lo llaman, pero citando la literatura sociológica acerca de movimientos sociales, se justifica caracterizar a este grupo, principalmente el NWP y otros que surgieron a su alrededor, como un movimiento social.

Rupp y Taylor narran las controversias dentro del NWP, partido formado por su carismática dirigente Alice Paul después de lograr el sufragio en 1920. Pintan una imagen completa de la lucha de este grupo después de la guerra por lograr una enmienda en favor de la igualdad de derechos, sus estrategias para ampliar su impacto político y la forma como sus vidas personales se intercalaron con su trabajo político. En el centro del NWP se encontraba Alice Paul, quien aparece aquí como políticamente astuta y con un solo objetivo en sus compromisos.⁸ Si se lee junto con el libro de Harrison, *Survival in the Doldrums* resulta especialmente alentador al mostrar la forma como un pequeño grupo (en 1947 tenía 627 integrantes activas; en 1952, 200, con aproximadamente 1,400 integrantes inscritas en 1965 [p. 25]) pudo tener un impacto tan importante en la política.

Resulta claro que parte del objetivo de Rupp y Taylor es argumentar en favor de la continuidad histórica; esto es, que el movimiento de la mujer nunca desapareció, sino que tan sólo continuó en una forma "sostenida por la élite". Agregan que si hubiera desaparecido, este pequeño grupo no hubiera ejercido tanta influencia con su resurgimiento. El recuento de movimientos sociales, del cual Rupp y Taylor parten, subraya el papel de los objetivos y las organizaciones como características distintivas de un movimiento social. Sin embargo, existe una tradición alternativa para comprender los movimientos sociales que elimina el énfasis de estas continuidades y subraya su calidad explosiva. Rupp y Taylor no se refieren a Frances Fox Piven y a Richard Cloward.⁹ Quienes argumentan que los movimientos sociales sólo surgen cuando en el tejido social aparecen grietas y fisuras. En ese punto, las personas son capaces de ver que el desorden de sus propias vidas no es un problema privado, sino resultado de un sistema social desordenado. (Por lo tanto, afirman Piven y Cloward, los movimientos de los desempleados durante la década de 1930 surgieron debido a una falla obvia del sistema y no a buenos dirigentes u objetivos claros. La lógica de esta aseveración sugiere que aquello que provocó la reaparición del movimiento de las mujeres fue un cambio en la política social y los crecientes conflictos sobre los roles de las mujeres). Tal argumento no niega que actividades como las narradas en este libro son impor-

⁸ Resulta un poco engañoso representar a Alice Paul como comprometida de manera exclusiva con la ERA, pues lo estaba de manera única con su visión de la igualdad de la mujer; sin embargo, su búsqueda la llevó en muchas direcciones. Por ejemplo, en 1938 fundó el World Women's Party (v. Rupp y Taylor, p. 6). V. también R. Fry, Amelia "Alice Paul and the ERA", *Rights of passage*, pp. 8-24.

⁹ Fox Piven, Frances y Richard Cloward, *Poor People's Movements: Why They Succeed. How They Fail*, New York, Vintage Books, 1979.

tante, pero sugiere que la identificación adecuada para esa actividad no es llamarla movimiento social. Hacerlo modifica el significado de este concepto y hace más difícil proporcionar una descripción de las causas por las cuales el movimiento más amplio que surge "supera" al liderazgo anterior. (Rupp y Taylor observan que el NWP no comprendió por qué temas como la elección reproductiva y el racismo se mezclaron con el movimiento de la mujer). Desde luego, si identificamos a la segunda ola del feminismo sólo con las organizaciones más enfocadas y convencionales de derechos de la mujer, como la NOW, el punto de Rupp y Taylor es persuasivo. Describen la infiltración de la entonces recién creada National Organization for Women por activistas del National Woman's Party, quienes conminaron al NOW a que considerara a la ERA como una de sus mayores prioridades. NOW siguió su consejo. Pero este argumento considera que NOW es el movimiento social.

Para describir la continuidad entre las mujeres prósperas del NWP y los movimientos anteriores y posteriores en favor de los derechos de la mujeres necesario ver, al menos en parte, a la clase media como centro de estos movimientos. Quizá esa visión sea correcta desde el punto de vista histórico, tal vez también esté en función del punto desde el cual observamos y hacia dónde vemos.

Otro problema conceptual que posiblemente exista con el concepto de movimiento sostenido por una élite es que tal vez sólo seamos capaces de reconocerlo después de ocurrido el hecho. Las integrantes del NWP seguramente se consideraron como las portadoras de la antorcha feminista durante la época de mar en calma, pero ¿si no hubiera surgido en la década de 1960 un movimiento de amplia base con algún parentesco con sus preocupaciones, se insistiría en aumentar continuidad?, ¿se puede hoy en día decir que el grupo de "guerreras femeninas" que siguen, por ejemplo, a Mary Daly, a pesar de lo valientes y pocas que fueron, constituyó un movimiento apoyado por una élite? Y en caso negativo, si los juicios acerca de quién fungió como puente de aquí hacia allá sólo pueden efectuarse más adelante, entonces ¿en realidad ¿qué sentido tiene denominar a las acciones de las activistas en favor de los derechos de la mujer en las décadas de 1940 a 1960 como un movimiento apoyado por la élite? Al argumentar en favor de esta concepción Rupp y Taylor intentan lograr algo más que simplemente narrar esta historia, lo cual hacen de manera brillante. Pero, ¿la lección que ofrecen también significa algo más que una lección de historia? ¿intentan consolar mientras se está a punto de entrar en otra época de "mar en calma"? Si su argumento es correcto, entonces necesitamos revisar de nuevo las cuestiones de objetivos, estrategias y su interacción. Un "movimiento sostenido por la élite" mantendrá el movimiento desde la perspectiva de la élite. Dada la "movilización de sesgo" que opera en la política de Estados Unidos, para mantener muchos temas de la agenda política, seguramente lo más fácil es imaginar que suceda este paso. ¿Es el más deseable?

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

En cambio, el recuento que hace Ethel Klein del feminismo en *Gender Politics: From Consciousness to Mass Politics* trata de comprender su influencia sobre la población en general. Aunque muchos de los datos que presenta han quedado invalidados por análisis más recientes,¹⁰ este libro resulta valioso por su perspectiva sobre la relación entre conciencia y política. Klein fecha el inicio de la segunda ola del feminismo precisamente el 26 de agosto de 1970, día de la Huelga por la Igualdad. Mucho del enfoque de Klein se revela en este punto inicial. Antes de la huelga, observa Klein, las participantes en el movimiento de la mujer habían sido o muy radicales o en número tan pequeño que no se les tomaba en serio. Es cierto que este planteamiento disminuye la importancia no sólo del National Woman's Party y de las fracciones en favor de los derechos de la mujer, sino que también atenúa el papel de las que llegaron al feminismo a partir de sus actuaciones en los movimientos de derechos civiles y en contra de la guerra, y en otros de la Nueva Izquierda. Sin embargo, el interés de Klein radica en observar la súbita aparición de la conciencia feminista, la cual define como un reconocimiento de las mujeres que como grupo, interpretan sus problemas como algo público y no sólo personal (p. 3). ¿Qué sucedió alrededor del 26 de agosto de 1970 para hacer que el momento fuera propicio para un florecimiento de esa conciencia?

Debido a que Klein se interesa por la opinión de las masas, considera los datos totales recolectados para otros fines y hace un análisis en cierta forma indirecto. Lo que descubre es que el incremento en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo, las familias más pequeñas y con menores responsabilidades en el hogar crearon un "conflicto de rol" ya que ahora trabajaban una "doble jornada" en el hogar y en la sociedad. Este conflicto llevó a las mujeres a percibir sus problemas como grupales. Las mujeres que desarrollaron este sentido de la conciencia (principalmente blancas con preparación, de clase media, provenientes de áreas urbanas) al igual que los negros conscientes de su raza, tenían muchas más posibilidades de llegar a dar apoyo en una acción colectiva (pp. 134-35).

Al remarcar que la transformada conciencia política de las mujeres surgió a partir de sus experiencias como tales, Klein también distingue entre las mujeres y los hombres que tienen actitudes feministas. Es muy probable que los hombres sean feministas porque esto parece ir de acuerdo con otros valores liberales que tienen. Sin embargo, las mujeres se transforman en feministas a partir de un cambio de conciencia.

¹⁰ V. Mueller, Carol (ed.), *The Politics of The Gender Gap: The Social Construction of Political Influence*, Newbury Park, Calif., Sage Publications, 1988; Darcy, Robert, Susan Welch y Janet Clark, *Women, Elections, and Representation*, New York, Longman, 1987; E.J. Dionne, Jr, "Struggle for Work and Family Fueling Women's Movement", *New York Times*, 22 agosto, 1989. Alff.

Klein ubica el origen de las implicaciones de su argumento al considerar las diferencias entre mujeres y hombres al votar. Observa que las distintas opciones presentadas en las elecciones determinarán si habrá diferencias al votar y no que éstas se encuentren ahí o no. Quizá mujeres y hombres hayan presentado distintas actitudes en 1952 o 1936, pero las opciones de elección no se construyeron de manera tal que acentuaran este contraste. Los patrones de votación de 1972, 1976 y 1980 reflejaron diferencias de género, pero de manera curiosa. Klein observa que un "voto feminista", voto acerca de la igualdad para las mujeres, no pudo distinguirse entre mujeres y hombres. Sin embargo, un "voto de mujer" a veces emerge si se centra en temas que tratan la violencia.

Aunque Klein tiene bastante éxito al describir la transformación de las actitudes políticas de las mujeres, provocadas por cambios en la conciencia de grupo feminista, tiene menos éxito al explicar la forma como este cambio de conciencia se produce. La causa más importante parece ser un conflicto de rol. Pero no todas las mujeres que lo experimentan desarrollan una conciencia feminista. Klein también señala que el movimiento de la mujer que describe es básicamente diferente a las actividades feministas de los grupos pequeños y de élite de la posguerra. Sin embargo, resulta fácil exagerar los resultados masivos que Klein ve. Después de todo, los cambios de actitud de las masas siguen a percepciones de los hechos actuales, como lo aclara el análisis del voto que realiza.

Un problema con esta teoría sobre la aparición de un movimiento de masas en 1970 es que prueba demasiado. Las tendencias que ella identifica no apuntan de manera precisa hacia agosto de 1970. Otra alternativa se sugiere por sí misma. Aunque Klein ve las formas tempranas de activismo de la mujer demasiado extremas como para resultar útiles como base de un movimiento masivo, ¿no existe la posibilidad de que preparen el escenario para legitimar un paso menos radical? Como sucede con la narración de Harríson del rol del NWP (radical) de las décadas de 1950 y 1960, la existencia de otra alternativa más de "salida" puede ser una consideración estratégica importante en la aceptación de opciones que en apariencia pertenecen más a la corriente dominante. Si esta visión es correcta, entonces una importante lección estratégica para las feministas, a partir de estos libros, es que un margen radical resulta importante para que la corriente que predomina obtenga más logros, en vez de ser una molestia o una vergüenza.

Women and the Politics of Empowerment de Ann Bookman y Sandra Morgen trata también, en cierta forma, acerca de las cuestiones de conciencia, pero de una concientización entendida como "obtención de poder". Las editoras distinguen con cuidado en su ensayo introductorio entre "obtención del poder" y "política", lo cual se "comprende de manera convencional como las actividades de dirigentes electos y el funcionamiento del gobierno, ambos fuera del alcance de la gente común". Para ellas,

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

la obtención de poder no es simplemente el proceso psicológico de sentirse poderoso. "Para estas mujeres, la obtención de poder comienza cuando reconocen las fuerzas sistémicas que las oprimen y entonces actúan para cambiar las condiciones de sus vidas" (p. 4). A través de una serie de 12 estudios de caso ubicados en oficinas, hogares, escuelas, fábricas y hospitales, los ensayos de esta colección muestran la forma en que las mujeres (y los hombres) vieron como un acto tradicionalmente político el cambiar las circunstancias de sus vidas.

Los estudios de caso están organizados con respecto a una amplia gama de temas relacionados. El primero plantea cuestiones de fronteras políticas. Por ejemplo, "Marking Your Job Yourself: Domestic Service and the Construction of Personal Dignity" de Bonnie Thornton Dill ilustra que aún las formas más privatizadas de empleo contienen dimensiones políticas. Un segundo tema es el desarrollo de la conciencia política de las mujeres. Cinthya B. Costello, en "Women Workers and Collective Action: A Case Study from the Insurance Industry" describe la forma en que un pequeño grupo de mujeres en huelga transformó sus quejas en una nueva conciencia a través de su acción colectiva. En un tercer tema se explora la relación entre género, la acción colectiva de mujeres y otros aspectos de la vida institucional e ideológica. La narración sobre el cambio de conciencia en "The Edison School Struggle: The Reshaping of Working-Class Education and Women's Consciousness" de Wendy Luttrell considera cuestiones de clase, raza, familia y barrio, conforme el grupo experimentó tanto resistencia como cambio. Otros ensayos también ubican estos esfuerzos de la clase trabajadora en el contexto más amplio de la economía política de Estados Unidos, incluyendo los ensayos de Patricia Zavella sobre trabajadoras chicanas de empacadoras en el norte de California, Andree Nicola-McLaughlin y Zala Chandler acerca de la lucha de las mujeres negras para lograr apoyo en la ciudad de Nueva York para el Medgar Evers College, y Roberta M. Spalter-Roth respecto de los vendedores callejeros y su regulación en la Ciudad de Washington. No todas estas acciones logran éxito y algunas veces éste "organizar un sindicato", se deshace en algún otro momento (por ejemplo, cuando la empresa cierra la planta o la industria tiene un cambio). Sin embargo, esta obra resulta muy importante al documentar el hecho de que el cambio en la sociedad con respecto a temas de género no sólo ocurre en el nivel más visible analizado por las otras autoras de esta colección, sino también dentro de la clase trabajadora, relativamente poco mencionada.

Muchas de las mujeres de esta clase, descritas en estos estudios de caso, no se identifican a sí mismas de manera explícita como feministas y probablemente no serían consideradas como feministas al aplicarles las definiciones utilizadas por las otras autoras. Su identificación primaria puede ser con su comunidad en vez de con su género. Sin embargo, como argumentan las editoras en su conclusión, en otro sentido, este libro no podría haber sido escrito sobre las experiencias políticas de los hombres de la clase trabajadora. La diferencia estriba en lo que Bookman y Morgen ven como un

aspecto crucial del sentido de las mujeres para autoentenderse; ellas se identifican a sí mismas no tanto en términos de "intereses" políticos sino por el sentido de su relación o conexión con otros. Esta forma de pensar a través de relaciones con los otros proporciona una visión mucho más clara de lo que mueve a las mujeres a actuar.

Sin embargo, quizá las autoras hayan abandonado su perspectiva de clase trabajadora demasiado pronto. Su visión relacional de las actividades de las mujeres se adopta a partir del trabajo de Nancy Chodorow y Carol Gillian y se elaboró originalmente para describir patrones de desarrollo entre mujeres de clase media. Una política construida sobre relaciones puede sufrir el mismo tipo de privatización que describió Cott. Pero una comunidad con un juego diferente de prioridades, como el presentado en el ensayo de Martha Ackelsberg, puede ser más difícil de separar de su compromiso para cambiar.

En *Why We Lost the ERA* Jane J. Mansbridge plantea los temas de la naturaleza de la segunda ola del feminismo, la Enmienda de Igualdad de Derechos y la forma de evaluar el éxito del movimiento. Mansbridge empieza por volver a narrar la historia de la ERA y después describe en detalle las actividades de las feministas (incluyéndose a sí misma) cuando intentan ganar la aprobación de la ERA. El tema principal de su argumento es que la ERA, más importante como símbolo que por las modificaciones que provocaría, se perdió debido a la condición de la política simbólica de que la lucha por la igualdad siguiera siendo "pura". Mansbridge proporciona un cuidadoso recuento de la naturaleza de la opinión pública a través de la controversia de la ERA y sugiere que nunca proporcionó un apoyo tan sólido como los colaboradores argumentaron. Mansbridge también distingue entre las preocupaciones del público y las de los legisladores estatales quienes, después de todo, fueron quienes votaron. De esta forma, las consejeras de ERA (en especial las abogadas feministas) adoptaron una línea estrictamente igualitaria en la controversia acerca del borrador, en vez de tener deseos de adoptar un compromiso. Mansbridge traza estrategias políticas que habrían podido ser más efectivas. Por ejemplo, sugiere que se permitiera a las cortes decidir si la ERA se habría aplicado a la letra, observando que incluso la Primera Enmienda tendría que modificarse para aplicarla a los militares. Esta táctica habría eliminado el argumento final de más éxito que tuvieron los oponentes de la ERA.

A pesar de lo bueno que es este libro todavía se pueden señalar algunas cuestiones sobre su análisis. En primer lugar, Mansbridge afirma que "nosotras" perdimos la ERA. No nos vencieron, según sostuvo la analista anterior Janet K. Boles,¹¹ por el principio de Gresham, de que es mala idea en política cambiar el debate. No fueron

¹¹ Boles, Janet K.; *The Politics of the Equal Rights Amendment: Conflict and the Decision Process*, Nueva York, Longman, 1979.

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

las dificultades de la política supermayoritaria o una modificación de la época lo que hizo que cualquier acción del gobierno resultara dudosa. El propio relato de Mansbridge sobre los argumentos más relevantes para los legisladores estatales contiene una preocupación acerca de los derechos estatales. Recuérdese que la ERA se propuso a los estados durante la guerra en Vietnam, cuando la esperanza de la gran sociedad empezaba a decaer, y que buena parte del esfuerzo de ramificación, que no tuvo éxito, se realizó después de Watergate cuando las sospechas y el cinismo acerca de las acciones gubernamentales eran elevados. Finalmente se perdió mientras Ronald Reagan estaba en la Casa Blanca).¹² Mansbridge no se ocupa del pasado de la ERA para obtener alguna clave acerca de su significado. La ERA se había declarado abiertamente de clase media en las décadas de 1920 a 1940. La mano de obra organizada y el Partido Demócrata se le opusieron hasta principios de la década de 1970. Sin embargo, el fracaso de la campaña ERA fue una pérdida estrepitosa para el feminismo organizado a principios de 1980.

Aunque algunos errores de estrategia y de táctica se podrían atribuir de manera directa al NOW (a pesar de que Mansbridge no ha realizado suficiente investigación de archivo para establecer este punto), el problema principal para Mansbridge radica en intentar lograr objetivos políticos dentro de un movimiento difuso que se apoya en voluntarias. Pero las implicaciones de este descubrimiento resultan perturbadoras para las estrategias feministas. Mansbridge parece tener una actitud crítica sobre el movimiento en los setentas por no ser más parecido al de los cincuentas. Si esto es cierto, ¿entonces la segunda ola en realidad no fue algo para sentirse orgullosos o contento? ¿Podemos esperar mejores resultados una vez que las revueltas masas y los entrometidos abogados se quiten del paso y dejan la estrategia política a expertas como Mansbridge?

Esta preocupación nos lleva de nuevo al problema de la estrategia. En un sentido, el consolador descubrimiento de estas seis obras es que las acciones políticas de las mujeres, a pesar de ser tan variadas, pueden todas tener éxito. Al final, Mansbridge asegura que aun la fallida campaña ERA tuvo buenos efectos. Pero más allá de esta mejora momentánea de saber que podemos hacerlo, las lecciones que podríamos sacar de estos trabajos son mucho más complejas de lo que parecerían a primera

¹² Acerca de las razones por las que falló la ERA, v. Y. Seiner, Gilbert, *Constitutional Inequality: The Political Fortunes of the Equal Rights Amendment*, Washington, D.F., Brookings Institution, 1985, quien argumenta que la ERA perdió cuando se involucró en la controversia sobre el aborto; Berry, Mary Frances, *Why the ERA Failed: Politics, Women's Rights, and the Amending Process of the Constitution*, Bloomington, University of Indiana Press, 1986, quien coloca la ERA en el contexto de otras enmiendas sin éxito, y Boles, Janet K., "Building Support for the ERA: A Case of Too Much, Too Late", *PS: Political Science and Politics*, 15 Fall, 1982, pp. 57-77, quien achaca la pérdida a la organización inadecuada en los estados a principios de la lucha por la ratificación. Tanto Berry como Boles señalan que ninguna enmienda se aprueba una vez que ha languidecido en las legislaturas estatales por más de cuatro años.

vista. Permítanme sugerir algunas generalizaciones muy simples, pero útiles espero, acerca de estrategia política, que podríamos sacar de las experiencias de este siglo, para después usar esas lecciones para evaluar las cuestiones estratégicas actuales.

En primer lugar, *algunas veces* las estrategias políticas elegidas influyen en los resultados posibles. Sin embargo, existen otros factores que también influyen, en especial la reacción de cualquier oposición. Los pequeños avances son los que tienen más posibilidades de éxito, pero no por ello dejan de ser pequeños pasos.¹³

Algunos casos de estrategias ascendentes ilustran este punto. Por ejemplo, el tibio arreglo al que se llegó para que el "sexo" formara parte del Acta de Derechos Civiles de 1964 probablemente explica su débil puesta en práctica. Sin embargo, un esfuerzo tan centrado para influir en los legisladores logró su objetivo. Las pocas mujeres en altos cargos, que lucharon para lograr más nombramientos de mujeres a través de las décadas de 1940 y 1950, pudieron obtenerlos, pero su capacidad para crear mayores modificaciones una vez colocadas en los puestos fueron limitadas. Los movimientos políticos con base en las comunidades algunas veces logran reformas políticas para su entorno, como por ejemplo, restauraciones a una escuela.

Pero, en el otro extremo de las posibilidades estratégicas en Estados Unidos, esta lección puede ser todavía más importante al advertirnos que nos mantengamos alejadas de la seducción de las enmiendas constitucionales. En mendar la Constitución estadounidense es una estrategia política peculiar y difícil de adoptar. Requiere, según lo han observado Jane Mansbridge y otras, un apoyo supermayoritario en el público; el campo de batalla incluye las legislaturas estatales así como el Congreso. Dadas las restricciones del proceso, la oposición tiene muchas más opciones estratégicas disponibles: puede distorsionar el debate, adoptar una estrategia regional o explotar las inconsciencias entre los proponente de la enmienda. Solamente una fuerza política con un objetivo único puede enmendar con éxito la Constitución. Entonces, uno de los probables resultados de elegir esta estrategia es que afecte la forma como los componentes estén organizados y la amplitud con que puedan concebir su misión. Dado su alcance, trabajar en busca de una enmienda constitucional siempre es una estrategia con otros costos.

En segundo lugar, a menudo sólo se dispone de opciones limitadas en lo que se refiere a la estrategia política. Resulta especialmente difícil aprender esta lección porque parece quitar flexibilidad a los actores políticos. Sin embargo, ya que la política es acerca del conflicto, el pensamiento estratégico requiere que los actores consideren tanto la posición de sus oponentes como lo que ellos mismos desean.

¹³ Para un excelente análisis de los límites del incrementalismo, v. Hochschild, Jennifer L., *The New American Dilemma: Liberal Democracy and School Desegregation*, New Haven, Yale University Press, 1984.

CAMBIO DE OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS

De esta forma, muchos de los éxitos alcanzados en este siglo fueron el resultado de objetivos políticos específicos. Rupp y Taylor demuestran de manera convincente que, dada su escasez de recursos, el NWP y el movimiento de los derechos de la mujer en la época de la posguerra no podrían haber ampliado su agenda política y ser tan efectivos como fueron. Aunque Mansbridge sugiere que pueden haber existido otras opciones estratégicas que hubieran salvado a la ERA, ella incluso parece presentar evidencia más convincente de que esta causa era algo sin esperanzas hacia mediados de la década de 1970.

En tercer lugar, lo que sigue a partir de este punto es que algunas cuestiones políticas están más allá de las estrategias normales. Como resultado, los actores deben mantener una distancia de sus luchas en curso para evaluar la forma como sus estrategias avanzan o traicionan sus objetivos.

Estas lecciones se aprenden de manera más obvia al reflexionar sobre los ejemplos de los esfuerzos políticos que no fueron de clase media analizados en estos libros. Según observan Bookman y Morgen, si "la política" se concibe como algo referente a la acción gubernamental, entonces pocas mujeres de clase trabajadora se involucran. Ampliar la noción de política para incluir cuestiones de poder, dominación y "respeto" en el trabajo, en el hogar y en la comunidad es un reto a las consideraciones habituales acerca de cómo pensar en la política y en las estrategias aceptables. Sin embargo, a pesar de que existen cientos de esas actividades, por lo general escapan a nuestra percepción cuando pensamos en cambios políticos.

Existe el peligro de que la "cola" de la estrategia "mueva al perro" de las metas políticas. He sugerido que la definición de feminismo con la que se ha informado a buena parte del pensamiento del siglo XX es una concepción de clase media. Las estrategias que se adaptan a la corriente dominante de la política estadounidense también se ajustarán más a las metas políticas de clase media y es muy probable que dejen fuera cuestiones más fundamentales.

En realidad, muchos de los problemas que confrontan las mujeres desde el punto de vista político son un resultado de las restricciones en las vidas de las mujeres que surgen de la organización (i.e. la semana laboral de cuarenta horas como normal),¹⁴ de los hogares (por ejemplo, la familia nuclear privatizada), los sistemas de transporte, la estructura de clases y otras instituciones sociales. Es difícil plantear estos problemas más amplios en términos políticos: parecen ser cuestiones privadas dentro del marco de los Estados Unidos. De esta forma, existe un círculo vicioso en el que sólo se consideran los problemas que pueden resolverse con más facilidad, pero que no necesariamente son los más importantes.

¹⁴ V. Stoper, Emily "Alternative Work Patterns and the Double Life" en *Women, Power, and Policy: Toward the Year 2000*, Ellen Bonepartha y Emily Stoper, (ed.), 2da. ed., Elmsford, N.Y., Pergamon Press, 1988, pp. 93-112.

¿Qué implicaciones podríamos sacar de estas lecciones acerca de las opciones estratégicas actuales? Primero, necesitamos darnos cuenta de que hacer elecciones estratégicas no siempre es tan sencillo como parecería. Por ejemplo, el deseo de volver a estrategias de movimientos sociales puede estar más allá del alcance de las posibilidades actuales. Existen muchos niveles en los cuales esta afirmación puede ser cierta. El cinismo estadounidense contemporáneo acerca de las posibilidades de cambio no es una actitud favorable para cambiar los movimientos. Los esfuerzos de las últimas décadas hacen que parezca que cualesquiera de los problemas que permanecen son fallas de las mujeres, no una consecuencia de una sociedad que sigue siendo desigual.¹⁵ Aunque, en un punto alguien podría decir "[el movimiento] cambió mi vida" quizá más adelante la misma persona busque una plenitud más privada. Si seguimos el texto de Piven y Cloward sobre los movimientos sociales, la percepción de normalidad frente a la crisis que ahora existe en Estados Unidos no parece presagiar ningún punto obvio de ruptura.

Como lo ilustran estas investigaciones, el final del movimiento no significa la conclusión de la ganancia política, pero hay una lección importante. Creo que la razón por la cual las feministas se sienten nostálgicas acerca de las políticas seguidas es que un movimiento vibrante señala una apertura mayor acerca de posibilidades políticas. Es aquí donde se encuentra la tarea difícil para los años venideros. En la medida que en se adopten estrategias más específicas, que puedan ser bastante exitosas como lo han demostrado admirablemente estas obras, es necesario recordar en forma constante que las metas del feminismo siguen siendo (o deberían seguir siendo) más amplias de lo que pueden lograr las políticas de algún grupo de interés.

Estos son ciertos puntos sobre los cuales hay que ser honestas y que se debe mantener constantemente frente a nosotras. En primer lugar, es necesario definir qué es la segunda ola del feminismo. Una manera de hacerlo es identificarla con la ERA, así como la primera ola se identificó con el sufragio. Pero, como lo señaló Cott, el movimiento sufragista y el feminista no fueron lo mismo. La conciencia que Klein atribuye a las mujeres de la segunda ola —mujeres quienes creyeron que merecían trato igual pero a quienes se les negaron oportunidades debido a la discriminación de sexo, tenían "una conciencia feminista" (p.3)— es muy parecida a la conciencia que

¹⁵ Un ejemplo importante de este punto es la consecuencia no intencional del divorcio sinculpable. Ahora, los jueces con frecuencia esperan que las mujeres que sedivorcian se ganen su propia vida después de una larga etapa de matrimonio en la cual es muy probable que hayan sacrificado cualquier disponibilidad para el mercado de trabajo. La mujer que tengaproblemas para obtener empleo está fallando, no la sociedad que ha cambiado las reglas acerca de las obligaciones maritales ni el mercado de trabajo que discrimina a las mujeres. De esta forma, la conclusión política de Lenoere J. Weitzman no se toma en cuenta: "Otorgar derechos iguales en la ausencia de oportunidades iguales es fortalecer a los fuertes y debilitar a los débiles". V. *The Divorce Revolutions: The Unexpected Social and Economic Consequences for Women and Children in America*, New York, Free Press, 1985, p. 213.

Cott atribuyó a las feministas de 1910 y 1920; esto es, una demanda por una liberación de la desigualdad como forma de establecer igualdad. Pero, exactamente qué podría significar igualdad, y cómo sostenerla, permaneció poco claro. Este no fue un problema para las mujeres del NWP, para las mujeres de la élite que estaban haciendo política en la posguerra, quienes tenían una visión clara sobre la igualdad, o para las voluntarias de ERA de que habla Mansbridge. En este punto, vale la pena recordar que las mujeres de clase trabajadora y de las minorías en los estudios de caso incluidos en el libro de Bookman y Morgen no se identificaron a sí mismas como feministas, y para ellas la cuestión de igualdad no podía tratarse como noción abstracta. Las mujeres de clase trabajadora y "minoritaria" con frecuencia han preguntado "¿iguales a quién?".¹⁷ Como indica el muy revelador "NOW Bill of Rights" de 1966, mucho del feminismo de la segunda ola no fue visto como un reto al individualismo que caracteriza a la cultura de la corriente dominante de clase media estadounidense. Pero esta amplia y transformadora meta del feminismo, por sí misma, no se dirige a cuestiones de desigualdad racial y étnica o a la injusticia económica o a las barreras institucionales que surgen a partir del papel de las mujeres como amas de casa y encargadas de educar a los hijos, que continúan enmarcando las posibilidades de vida de las mujeres, sin importar cuáles sean su clase o grado de privilegio.

Lo que este análisis sugiere es que la falla del movimiento feminista actual para avanzar más quizá no sea una consecuencia de mala estrategia sino un problema de intentar lograr metas que están en conflicto entre sí o que no caben bien en los valores políticos de los Estados Unidos. La cuestión que las analistas feministas podrían plantear de manera más adecuada es: ¿cómo, trabajando con cuestiones políticas actuales, podemos abordarlas para avanzar hacia nuestras metas en vez de alejarnos de ellas?¹⁸

Una estrategia que parece posible es aquella de dirigirse al campo más amplio de conflicto político en Estados Unidos: el voto. La brecha jerárquica de género parece haber dado a las mujeres una ventaja política. La amenaza del voto femenino en bloque en la década de 1920 también influyó entonces en los sucesos políticos,

¹⁷ "Cuando las mujeres blancas demandaron de los hombres una parte igual del paste, dijimos, ¿iguales a qué? preguntó Frances Beal. '¿Qué nos hace pensar que las mujeres blancas, teniendo las posiciones de los ombres blancos en el sistema, no se voltearían y utilizarían su piel blanca para los mismos privilegios blancos?'" (*When and Where I Enter*, p. 308).

¹⁸ Celb, Joyce y Marion L. Palley. *Women and Public Policies*, 2da. ed. Princenton, Princeton University Press, 1988, argumentan que las feministas tienen más probabilidades de éxito cuando abordan los temas como asuntos de igualdad de roles en vez de cambio de roles (cf. en Schattschnei de su punto acerca de la movilización del sesgo). Charlotte Bunch considera el asunto desde un punto de vista radical y argumenta que las reformas son útiles cuando ayudan de manera concreta y dan poder a las mujeres, en "The Reform Took Kit", en su *Passionate Politics: Feminist Theory in Action*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987, pp. 107-17.

proporcionando un cierto número de ganancias concretas.¹⁹ Sin embargo, no hay un mensaje claro que emerja de esta brecha jerárquica de género en el voto, y como Klein observó con agudeza, las elecciones están estructuradas de manera que los bloques de votación no sean importantes para su resultado. La mejor evidencia es que las actitudes de brecha jerárquica de género las exhiben más aquellas mujeres que ya han logrado autonomía.²⁰ Pero abocarse a esta estrategia no dará autonomía a más mujeres; tan sólo aprovechará el núcleo ya existente de personas que la apoyan. El enfoque de brecha jerárquica de género no necesariamente ampliará la base de apoyo para el movimiento.

Entonces, la principal tarea estratégica para las feministas es tomar, de alguna forma, las posibilidades políticas y ampliarlas para transformarlas en una estrategia tal que no se venza a sí misma, sino que sea capaz de plantear cuestiones que sean un reto para otras formas de la desigualdad y del individualismo aislante que dominan la cultura estadounidense. Por ejemplo, la elección reproductiva una vez que deja de ser un asunto individual correcto o incorrecto, se convierte en una cuestión capaz de tener un sostén mucho más amplio.²¹ Porque quienes defienden las elecciones y opciones pueden ampliar el contexto de la decisión para incluir cuestiones sobre los cuidados adecuados disponibles para la salud; opciones para la madre y el hijo; distintas elecciones de vida abiertas para las mujeres de distintos grupos de clase, raciales y étnicos o bien el asunto de las capacidades individuales para tomar decisiones por sí mismos, que afecten vitalmente su capacidad de ser agentes morales. Este punto puede ser la base de un movimiento más amplio de mujeres. Dado el contexto cultural actual de este debate, hay una buena oportunidad para encontrar formas creativas de cambiar los términos del debate feminista.

Quizá la principal conclusión a la que podamos llegar a partir del conjuntamente variado de experiencias políticas descritas en estos libros es que no existe

¹⁹ V. Lemons, cap. 4.

²⁰ J. Carroll, Susan. "Women's Autonomy and The Gender Gap: 1980 and 1983" en *The Politics of the Gender Gap*, pp. 256-57.

²¹ Una presentación importante del movimiento de derechos reproductivos desde esta perspectiva la proporciona Rosalind P. Petchesky, *Abortion and Woman's Choice: The State, Sexuality, and Reproductive Freedom*, Nueva York, Longman, 1984. La elección reproductiva es un punto específico importante para probar con qué amplitud abrán su apelación las feministas. Cuando se plantea como control de la población, este tema también puede verse como un ataque a las mujeres del Tercer Mundo, limitando así su atractivo para una base más amplia de mujeres aparte del grupo blanco de la corriente dominante y de clase media. V. Davis, Angela. *Woman, Race and Class*, Nueva York, Random House, 1981. Sin embargo, en la Convención Nacional del NOW en 1989, Molly Yard conminó a las mujeres para que pensaran en la elección reproductiva en términos de control de población, "afirmando que esperaba al mundo una catástrofe de medioambiente si la población continuaba creciendo a la tasa actual" ("NOW Members Aretold to Seek New Allies in Fight on Abortion", *New York Times*, 23 julio de 1989, p. 25).

una estrategia política única para lograr el éxito final para las mujeres. Diferentes circunstancias históricas presentan oportunidades específicas. Que podamos sacar el mayor partido de cualesquiera de las oportunidades presentadas dependerá, en realidad, de que podamos resistir el estar restringidas por nuestras metas y suposiciones, reconociendo los límites de las posibilidades y procurando lo factible.